

Comunicaciones

Poemas de la muerte contigua, de Luis Rosales

Gloria Franchisena
Universidad Católica de Córdoba

Resumen

En el mismo año que comienza la guerra civil española, Luis Rosales escribe cuatro poemas de significativo título. La muerte está cerca, la hora final tiene *calidad de inmediata*, según la Real Academia Española.

Luis Rosales era amigo de Federico García Lorca, juntos proyectaron “una cantata o especie de romance cantable” en honor a *todos* los soldados de la guerra, por ser todos españoles. Estos poemas son la respuesta de Rosales al pacto de amigos.

Palabras clave: Guerra Civil - García Lorca - muerte - respuesta - pacto

En el mismo año que comienza la guerra civil española, Luis Rosales escribe estos cuatro poemas, bajo significativo título. La muerte está cerca, la hora final tiene *calidad de inmediata*, según la Real Academia Española.

Luis Rosales era amigo de Federico García Lorca, juntos proyectaron “una cantata o especie de romance cantable” en honor a *todos* los soldados de la guerra, por ser todos españoles. Estos poemas son la respuesta de Rosales al pacto de amigos.

Viento en la carne

Poema inaugural, con elementos propios de la naturaleza, donde el soplo no mueve sólo las hojas de los árboles: lo siente el poeta en su ser íntimo, en ese torrente que recorre todo el cuerpo llevando vida. Los primeros versos parecen de calma y la presencia del Altísimo hace bendito al campo. Sin embargo, más allá del “gozo tranquilo” (Rosales, 1981:89) se siente desterrado y consciente de la finitud del tiempo. La finitud del hombre es certeza:

y pienso que la muerte
tendrá sobre mi carne
la clara valentía
del viento entre los árboles.
(Rosales, 1981:89)

El título es un sintagma nominal (viento) pero con ubicación específica (en la carne). El sustantivo es sinónimo de espíritu, mensajero de Dios, manifestación del Ser Superior, lo que condice con otras expresiones del poema. Dios está presente y remite al viento; mientras la carne, remite al hombre, a la naturaleza humana de Cristo. En consecuencia, la voz del poeta “destierra” su carne, la sublima, parece despedirse de lo material. El viento-mensaje de Dios es anuncio del final que triunfará sobre la materia. Desde el título están unidos cuerpo y espíritu, lo sacro y lo profano, Dios y hombre. La naturaleza es una presencia tangible, engarce perfecto en el que se patentizan los dos componentes del hombre.

El título, simbólico –alusivo–, anticipa los actores líricos: Dios y el poeta. Un Dios sentido, sin voz, (como el viento sin sonido); que le recuerda que va a morir... Memento mori Y un hombre que, tranquilo, observa a su alrededor y acepta el final ineludible.

La endecha puede segmentarse en dos. Once versos primeros presentan una tranquila tarde donde el Señor, próximo, bendice el alimento del hombre. También los árboles son tocados por un sentimiento sublime: “los chopos encendidos / de amor en el paisaje”. Recordemos las connotaciones que guarda el adjetivo “encendido” para Rosales, incluido en el título de su obra *La casa encendida*. El ascenso continúa: del sembrado al árbol, ahora son los pájaros los observados en pleno vuelo. Este apartado de paz, es coronado con un movimiento que lo sacude ante la posibilidad del final, tres versos introducen el segundo segmento, con catafórica misión: es posible el final:

que destierra mi carne
puede ser la vez última
que recuerdo tu imagen
(Rosales, 1981: 89)

El segundo apartado, de catorce versos, comienza también con tranquila estampa. El sol todo lo baña; el viento, que parece ausente, platea los olivares. La plata-luna, es símbolo de muerte, ya lo dijo Federico. Como al final del primer apartado, aparece no ya la finitud sino la muerte, que agazapada, triunfará sobre el poeta.

Despertar en el frente

Esta décima lleva por título un sintagma nominal seguido de un locus ubi: “en el frente” (Rosales, 1981: 90). Después de la noche tranquila: el amanecer, se continúa en paz, y aún si aconteciera lo peor (la muerte) la esperanza sigue presente. Nuevamente, en la segunda parte del título, la ubicación específica. En el primer poema lo hemos visto: el viento era sentido por el poeta como terrible presagio, en la carne. Aquí, el lugar tiene connotaciones. El frente al que se refiere es el frente de batalla. Y lo que sucede allí es, de nuevo, como en el primer poema un término contrastante. El amanecer, que siempre tiene un tinte de tranquilidad y de esperanza, se ve alterado por una batalla. En consecuencia con la calma de la hora: “Divinamente tranquila//vino el alba redentora, // la hora de vivir, la hora// de resucitar; vigila”. Dios, presente también, está en el primer adverbio que refuerza la calma que redime, aún cuando haya sucedido lo peor: resucitar, dirá. Pero en el mismo verso, el verbo que sólo es realidad (aún) en Lázaro, y advierte con imperativo: vigila.

Se abre así el segundo segmento. La atención exigida es porque la muerte puede llegar. Otra vez, la posibilidad del fin, mas hay algo diferente, bondadoso. En idéntica fórmula con el título, aunando la lucha, los ideales y la muerte, cierra: “todo ha sido en la esperanza”. Un yo lírico que impera a un tú, para alertarlo, sin embargo lo que puede suceder allí está impregnado de paz, amor y vida, aún a pesar de la muerte.

¡Centinela alerta!

Título entre signos de admiración: hubo calma pero ahora hay que poner atención. El llamado es a sí mismo, porque es el poeta el soldado que vigila. Es el único poema de esta serie que está dedicado.¹ Es un llamado de atención para quien debe ya, por su oficio, estar atento. Romance que presenta la posibilidad-certeza del arribo de la muerte.

La composición se podría dividir así: un primer segmento, de veintidós versos, donde otro día más ha pasado; después del alba del segundo poema, e igual que entonces, hay luz aunque no sea de día. En la noche determinada “esta noche” que es realidad, la posibilidad de la llegada de la Parca, porque el potencial “vendría” recuerda las Coplas de Manrique. En

¹ Es para otro artista- pintor, Manuel Viola (Zaragoza, 1916-1987). Poeta fracasado y pintor por accidente, según sus propias palabras, hacía estallar las luces, los colores y las sombras en los lienzos. Intelectual entrañable, artista visceral, en su vida, de ética y en su obra, una lección de estética. ha dejado

aquella, “viene la muerte// tan callando”; aquí, por tres veces el adverbio, en similitud también con el pie quebrado: “Vendría// la muerte calladamente// calladamente durmiendo”.

En sema común, si viene de noche, llegaría la muerte “hasta la sangre sumisa // calladamente *durmiendo*”. Sobre los montes de Alta Coloma, asediados por la guerra, la suerte permite aún, la vida. Pero no se dará por vencida y volverá la muerte al ataque, hasta llegar al poeta mismo, también en paz y como designio divino. La hora referida es la noche, final del día, de la contienda, de la vida. La luz llega del pensamiento y la conclusión no es nueva: la finitud es una realidad: “se puede morir”. Si aún hay vida hoy, dubitativamente, de nuevo y en silencio, tratará de volver, de alcanzar la muerte hasta al mismo poeta.

En el segundo segmento, que llega hasta el final, las cosas han cambiado, ya no es posibilidad sino certeza. El vigilante-poeta observa a su alrededor. En consecuencia con el común proyecto de amigos (Rosales y Lorca) los soldados de ambos bandos están juntos, cansados o muertos, sobre la tierra, sin banderías. Un intertexto antecede la tercera y última repetición del potencial, para la llegada de la muerte que no podrá, sin embargo, ser el final de todo. Como en *La casa encendida* la muerte no interrumpe andas y entonces:

y la carne que la niega
será carne sucedida.
(Rosales, 1982: 92).

Aparece con claridad el leit-motiv de Luis Rosales: unidad y reconciliación contra las que no podrá ni la muerte. Esta actitud conciliadora de la muerte es común a los amigos, ya fue dicho. Los dos poetas, Rosales y Lorca, querían componer una canción para todos los muertos de España, en busca de la unión que en vida no tuvieron.² Un verso en bastardilla hace personal el llamado, el potencial imprime certeza en el fin que irremediamente vendrá al poeta. El silencio, primer don que Dios le da al hombre, se transformó en el grito de los muertos que debemos oír para recordar el pasado y unidos, reconstruir la patria.

La voz de los muertos

En marcada gradación, advertimos que la muerte ha llegado hasta el poeta: los potenciales se han transformado en imperativos, ahora referidos a un tú que no puede eludir el mandato. En el título del último poema, como en los anteriores, un juego de contrarios: los muertos están callados, no tienen voz. El sintagma nominal no se corresponde con el determinativo. Mas el sustantivo voz condice con los imperativos del primer verso: “Calla. Tienes que oírla”. E inmediatamente anuncia: “Es la voz de los muertos” con atributos, porque son cenizas que contienen a la patria; hacen resucitar y reunir a la dispersa tierra. Sin embargo, “ya la tierra no existe” repetidamente; la soledad todo lo invade. Y con un ubi sunt manriqueño interroga retóricamente sobre las riquezas que ha perdido. Entre preguntas, un vocativo explícito: España, en constante juego de contrarios. “La pobre y la infinita// la que buscaba tierras donde dar sepultura// que nos brinda la sed y nos muestra el camino”.

Al comienzo, el tú al que se refiere, al que exhorta, parece el hombre español, pero no lo es. Más allá de las apariencias le habla a España, a una tierra que ya no existe (una patria sin tierra ¿qué patria es?). Le pregunta por el futuro, ante esta ausencia de juventud, de hombres y de esperanza. Pero hay más, al desolado paisaje se agrega otra realidad: los muertos que regresan. Una España desolada que debe oír a los muertos y darles una respuesta, una explicación, pero con visos de futuro.³

² De ello da fe el testimonio de Luis Rosales el 2 de septiembre de 1966, en Cercedilla, a Ian Gibson para una obra (*El asesinato de Federico García Lorca*: 1981, España, editorial Bruguera, p 202)

³ Escribió “El soneto a José Antonio que descubrió, expresó y defendió la verdad de España. Murió por ella” Luego, en este poema, extiende a los muertos, sin distinción de banderías lo aplicado antes a José Antonio: “es la voz de los muertos por la unidad del hombre” Se recalca aquí la idea a través de “vendrán *todos* los muertos”.

La devastación que provoca la muerte llega a los sembrados, a los pájaros y a la mujer amada; la caducidad le quita belleza a todo. A pesar de eso, el mundo no ha perdido la esperanza. Hay que volver a empezar, y la muerte se ha llevado a quienes podrían hacerlo, a los jóvenes. Un adverbio nos recuerda la "Elegía" hermandiana "tempranamente". Mas, esa ausencia no es definitiva, porque los soldados regresarán, con la valentía con que han muerto ("de pie", dirá).

Símbolo de enorme fuerza es el mar, que es el morir de Manrique. (Terrible imagen: "Tú, la España de siempre// la vencida del mar"). La muerte, como amante asesina produjo una disgregación total: arenas sueltas, gotas dispersas; arrasó con el paisaje, las obras de la cultura, lo cotidiano (el sueño) y hasta con la amada. Entonces, ante todo lo esparcido, sólo cabe la re-uniión, a los elementos diseminados, la recolección, a los soldados enfrentados, la unión. Cierra el segmento y el poema con una serie de contrastes que espantan: "En la tierra dura que el trigo amarillece"/ "¡Tierra de luto y sangre que crece con los muertos// y nos da *nacimiento*, costumbre y agonía!".

Finalmente, un desesperado gemido de dolor, un grito de hijo desahuciado que clama por los hermanos muertos.

Tierra que solo brindas paciencia y superficie
tierra para morir,
deshabitada y loca.
¡Oh trágico destino de España, madre España!
(Rosales, 1981: 95)

La guerra y la posguerra se llevaron a más de un millón de "Lorca" sin que los "Rosales" pudieran hacer algo. Tal vez ahora, que la muerte esta más cerca, es tiempo de llevar a cabo proyectos soñados con amigos, de ajustar cuentas, de ser la voz de quienes ya no pueden hablar y de escribir *Poemas de la muerte contigua* como una moneda para Caronte.

Bibliografía

García de la Concha, Víctor (1992). *La poesía española Contemporánea*. Madrid: Cátedra.

Gibson, Ian (1981). *El asesinato de Federico García Lorca*. Barcelona: Bruguera.

Rosales, Luis (1981). *Poesía reunida*. Seix Barral: Barcelona.

Gloria Franchisena de Lezama es Profesora de Castellano, Literatura y Latín por la Escuela Nacional de Profesores Alejandro Carbó y Licenciada en Letras por la Universidad Católica de Córdoba. Ha publicado con motivo de su tesina la obra Miguel de Unamuno: *Entre la fe oculta y la duda manifiesta*. Miembro de la Asociación Argentina de Hispanistas, participa a través de ponencias publicadas en congresos de esta asociación, como también en los de Educación, Teorías y Críticas Literarias y Literaturas Comparadas. Participa en publicaciones de trabajos relacionados con la Literatura Española, su especialidad. Actualmente es Profesora Adjunta de Literatura Española en la Universidad Católica de Córdoba.